

VINCENZO PAGLIA

**LA PALABRA DE DIOS
CADA DÍA**

2025

COMUNIDAD
DE SANT'EGIDIO
2024

En la portada: *Icono de las mujeres miróforas junto al sepulcro.*
Comunidad de Sant'Egidio, Roma.

Fotografía: Marco Pavani © Comunità de Sant'Egidio

Traducción de la Comunidad de Sant'Egidio
del original italiano *La Parola di Dio ogni giorno 2025*

© 2024 Edizioni San Paolo, s.r.l.

Piazza Soncino 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) - Italia
www.edizionisanpaolo.it

© de la edición en castellano: Comunidad de Sant'Egidio

Ediciones Sígueme S.A.U., 2024

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN de la edición impresa: 978-84-301-2234-9

Depósito legal: S. 381-2024

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
Tiempo de Adviento	13
Tiempo de Navidad	33
Tiempo ordinario	51
Tiempo de Cuaresma	99
Semana Santa	133
Tiempo de Pascua	139
Tiempo ordinario	185
<i>Índice de pasajes bíblicos</i>	339

PRESENTACIÓN

La Palabra de Dios cada día 2025 se abre con el icono de las mujeres que se dirigen al sepulcro para tener un último gesto de piedad con aquel «maestro» extraordinario al que habían amado, seguido y ayudado durante tres años. Truncado con una violencia inaudita, yacía en aquel sepulcro nuevo, cerrado por una gran piedra. Pero ellas no podían separarse de él. Por eso iban en peregrinación hacia Jesús, aunque estuviera muerto. ¡Qué lección para todos nosotros! A nosotros nos cuesta seguirle incluso habiendo resucitado. Este icono puede ayudarnos a imitar a aquellas mujeres que se acercan también a este pequeño libro. Sí, abrirlo y leer las Sagradas Escrituras significa encontrarse con el Señor, que nos habla igual que habló con aquellas mujeres cuando llegaron al sepulcro y oyeron a dos ángeles que les decían: «Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mt 28, 7). Ellas iban a la tumba para consolar y fueron consoladas; iban para hacer un último saludo y recibieron una nueva misión. Desde aquel momento cambió no solo su historia, sino también la historia de la humanidad.

La Palabra de Dios 2025 coincide con el Jubileo, una institución que tiene sus raíces en la tradición bíblica. En el libro del Levítico está escrito: «Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis por el país la liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia» (Lv 25, 10). El Jubileo (que recibía este nombre porque se anunciaba tocando una trompeta llamada yobel) era un año entero en el que todos los habitantes del país e incluso la tierra quedaban libres de cualquier tipo de esclavitud, de abuso por parte de un hombre contra otro hombre o contra la naturaleza: las tierras debían quedar sin cultivar (una práctica ecológica que era necesaria para evitar que el suelo

perdiera fertilidad a causa de una explotación excesiva), todo el mundo recuperaba su patrimonio, quedaba cancelada la deuda de los deudores y los esclavos eran liberados. Era el año en el que se restablecía la justicia y cada persona se replanteaba su actuación. En definitiva, había que parar trazando una especie de línea ideal que permitía que todos volvieran a empezar su vida sobre una base de igualdad. Era una verdadera pausa histórica que interrumpía cualquier arrebato de posesión.

El papa Francisco quiso reanudar esta tradición para favorecer el inicio de un nuevo futuro. Por eso eligió el lema: «Peregrinos de esperanza». En la bula de convocación escribe que esta renovación será posible «si somos capaces de recuperar el sentido de la fraternidad universal, si no cerramos los ojos ante la tragedia de la pobreza galopante que impide a millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños vivir de manera humanamente digna. Pienso especialmente en los numerosos refugiados que se ven obligados a abandonar sus tierras. Ojalá que las voces de los pobres sean escuchadas en este tiempo de preparación al Jubileo que, según el mandato bíblico, devuelve a cada uno el acceso a los frutos de la tierra: ‘Podrán comer todo lo que la tierra produzca durante su descanso, tú, tu esclavo, tu esclava y tu jornalero, así como el huésped que resida contigo; y también el ganado y los animales que estén en la tierra, podrán comer todos sus productos’ (Lv 25, 6-7)».

Efectivamente, el siglo que hemos dejado atrás, el siglo XX, fue uno de los más crueles de la historia humana, y el nuevo siglo se caracteriza por dramas igualmente violentos. No hay más que recordar el 11 de septiembre de 2001 con los atentados a las torres gemelas de Nueva York; posteriormente, la crisis económica de 2008 que devastó muchos países del mundo; en 2020 la pandemia que se llevó por delante la convivencia humana con incontables víctimas inocentes. Y hoy estamos en medio de las guerras de Ucrania y de Tierra Santa, y otras 57 guerras más que están abiertas en medio de un clima de odio y de conflicto que parece aumentar en lugar de disminuir. Asistimos a un insensato crecimiento del mercado armamentístico que está llevando a borrar la misma palabra *paz* del discurso público. Al mismo tiempo, se empieza a hablar de manera insensata de la bomba

nuclear, aunque «táctica». Estamos al borde del precipicio. Y no por fatalidad, sino por decisión de los hombres. No podemos decir que es algo ajeno a nosotros. Estamos al borde del precipicio no por casualidad sino por la inconsciencia irresponsable de toda la humanidad. A todos se nos pide que tengamos un arranque de responsabilidad, de creatividad y de audacia.

Es indispensable que vayamos hacia un renacimiento espiritual para que las sociedades crezcan en humanidad, en amor y en fraternidad. La esperanza, como dice el papa Francisco, para que sea firme y no simplemente un auspicio vacío, debe basarse en el amor, en una nueva y más creativa proximidad entre las personas y entre los pueblos. Si por una parte todos debemos comprometernos a frenar una violencia que resurge entre los hombres y entre los pueblos, por otra parte es urgente que hagamos crecer un espíritu activo de proximidad con los más pobres –personas, grupos o países enteros– y de creación de lazos fraternos entre todos. Existen dos vías para frenar el avance del mal y para hacer crecer la fraternidad. En la Comunidad de Sant'Egidio, desde que empezó, estas dos vías están representadas por dos pasajes del Evangelio de Lucas: la parábola del Buen Samaritano y el pasaje de María, la hermana de Lázaro, que está a los pies de Jesús escuchándolo. Ser juntos Buen Samaritano es la manera de ser cristiano en este tiempo. En la bula de convocación del Jubileo, el papa Francisco se extiende en la descripción del horizonte del amor que se abre ante los ojos y el corazón del samaritano: pararse, llevar al hombre medio muerto al hospital y seguir ocupándose de él. Benedicto XVI definía acertadamente al cristiano como «un corazón que ve». Y luego María, que encuentra tiempo para ponerse a los pies de Jesús para escucharlo. Con Jesús, que había dicho a una Marta molesta: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte» (Lc 10, 41-42).

Espero que este libro, *La Palabra de Dios cada día 2025*, nos ayude a estar a los pies de Jesús –como María– para hacer «la única cosa necesaria»: escuchar la palabra del Señor para ser como el Samaritano, es decir, como aquel/aquellos que se convierten en «prójimos» (es decir, los que están cerca) de quienes necesitan que les amen y les salven.

La Palabra de Dios cada día 2024 –asociada al ritmo de la oración de la Comunidad de Sant’Egidio, que sigue el compás del año litúrgico de la Iglesia latina– acompaña la vida de cada día, caracterizada por los ritmos apresurados de la ciudad moderna con una organización semanal del tiempo. Es una cadencia semanal que ha marcado desde sus inicios la vida de la Comunidad que nació en Roma. Por eso los días feriales siguen esquemas de oración fijos que llevan al domingo, convertido así en el «culmen» de los días pasados y en la «fuente» de los que están por venir.

El *lunes* vemos el rostro del Señor en el de los pobres. La oración vespertina recuerda este día a los pobres, aquellos a los que encontramos a lo largo del día y a los que están lejos, que a veces son países enteros que sufren. Todos son presentados al Señor para que los consuele y los libere del mal.

El *martes* la oración está acompañada por María, madre del Señor. Todos podemos aprender de ella, la primera de los creyentes, a «conservar en el corazón» (Lc 2, 51) lo que hemos escuchado y a dar gracias al Señor, que ha dirigido su mirada a los humildes.

El *miércoles* las Comunidades de Sant’Egidio esparcidas por el mundo rezan las unas por las otras y por toda la Iglesia. Todas se alegran por la comunión de amor que el Señor da a sus hijos e hijas. La oración letánica con los santos del cielo, a los que se invoca con su nombre, acompaña nuestro camino por el mundo con la alegría de los salvados.

El *jueves* la oración recuerda a todas las Iglesias cristianas, las de Oriente y las de Occidente, para que crezca la comunión entre los creyentes en Cristo y la transmisión del Evangelio se extienda hasta los confines de la Tierra.

El *viernes* recordamos la cruz del Señor. De ella brota la salvación. El cruce entre las bienaventuranzas evangélicas y la narración de la pasión impulsa a contemplar la riqueza de la cruz, que es anuncio de la muerte del egoísmo y, al mismo tiempo, de la victoria del amor por los demás.

El *sábado* es el día de la vigilia y de la espera de la resurrección del Señor. Cantamos delante de la tumba de Lázaro muerto para que sea liberado de las vendas. Él condensa el grito de auxi-

lio que proviene de todas las partes del mundo. Pedimos a Dios que intervenga para librarnos a todos de las vendas del pecado y salvarnos con su misericordia.

El *domingo* abraza los días pasados y los orienta hacia el domingo eterno, día sin ocaso, cuando todos estaremos en la casa del Padre. Junto a los ángeles, los discípulos reciben desde ahora la gracia de cantar el Trisagio, que cierra la *Oración de la luz*.

En el calendario hay fiestas o motivos de conmemoración que prevalecen sobre los tiempos ordinarios y modifican el orden de las distintas oraciones durante la semana. Cuando se conmemora a los apóstoles se sigue la Oración de los apóstoles. La Oración del Espíritu Santo nos acompaña en el tiempo de Pentecostés. La *Oración con los mártires* nos recuerda el ejemplo de aquellos que en el pasado y aún hoy dan testimonio de su fe en el Señor hasta derramar su sangre. La comunidad que lo desee puede utilizar la Oración del día del Señor en los días festivos. El tiempo de Navidad y el de la semana de la Pascua tienen esquemas de oración específicos.

Desde hace unos años, en las Comunidades de Sant'Egidio de todo el mundo se da una especial importancia a la Oración por los enfermos y a la Oración por la paz, que se celebran una vez al mes. En la basílica de Santa María de Trastévere de Roma, el primer lunes del mes se celebra la Oración por los enfermos y el tercer lunes la Oración por la paz. En la Oración por los enfermos se presentan al Señor los nombres de los enfermos, que se escriben en un papel y se depositan sobre el altar, al mismo tiempo que se encienden velas que se colocan en dos candelabros a ambos lados del altar. En la Oración por la paz se proclaman en voz alta los nombres de los países en guerra, y para cada uno de ellos se enciende una vela en dos candelabros a ambos lados del altar. Vivir estas dos oraciones cada mes –y procurar difundirlas– significa obedecer el mandamiento de Jesús de rezar con un mismo espíritu y sin desfallecer, porque «para Dios nada hay imposible».

Es hermoso pensar que la universalidad de la Comunidad y de todo aquel que se une a ella en la oración de la tarde hace realidad una oración continua que se eleva al cielo desde Oriente hasta Occidente sin interrumpirse jamás. La posibilidad de sumarse por

internet, por radio o por vídeo, desde cualquier lugar del mundo a la oración vespertina de la Basílica de Santa María de Trastévere de Roma es un don que refuerza y aumenta la intercesión por el mundo, para que llegue pronto el reino de Dios. Es una intercesión que nuestro mundo, tan afligido por las guerras, por la violencia y por la injusticia, necesita cada vez más.

TIEMPO DE ADVIENTO

Domingo 1 de diciembre: I de Adviento

Recuerdo del santo Carlos de Jesús (Charles de Foucauld), «hermano universal», que fue asesinado en 1916 en el desierto de Argelia, donde vivía en oración y en fraternidad con el pueblo tuareg.

Jr 33, 14-16; Sal 25 (24); 1 Tes 3, 12-4, 2; Lc 21, 25-28.34-36

Las palabras de Jesús sobre el final de los tiempos se refieren también a este tiempo nuestro. El Evangelio nos advierte sobre los acontecimientos que ocurrirán: «señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de la gente»... El escenario implica a la humanidad y a la creación entera. Es la angustia de los pueblos marcados todavía hoy por guerras y conflictos; es la angustia de millones de pequeños y grandes que siguen sufriendo hambre; es la angustia de quien está obligado a emigrar lejos de su tierra sin encontrar quien le acoja y ayude, de tantos ancianos abandonados. Y crece el número de personas que «desfallecen por el miedo» y se encierran en sí mismas. Es fácil caer en la resignación y dejar que se apague la esperanza de un mundo nuevo, de una vida mejor para uno mismo y para los demás.

El Señor no renuncia a esperar en los hombres y las mujeres y a cambiar su corazón; el tiempo jubilar que inauguraremos con la próxima apertura de la Puerta Santa nos lo recuerda de forma especial. El Adviento vuelve en este momento difícil de la historia para devolver esperanza a un mundo extraviado, para ablandar los corazones endurecidos, para abrir la mente a quien solo piensa en sí mismo, para abrir el oído a quien solo escucha sus razones, para abrir los ojos de quien no ve más allá de sí mismo. Y exhorta: «cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación». Es tiempo de levantarnos. Jesús nos pide estar despiertos, pero no en esa vigilia sorda de los habitantes de Belén, quienes en la pereza no abrieron las puertas al Señor que llegaba. Y con amargura lo señala el evangelista: «no había sitio para ellos» (Lc 2, 7).

Este tiempo de Adviento se nos da para ayudarnos a permanecer despiertos, a levantar los ojos hacia el Señor e invocar su venida. Que los próximos días sean días de escucha y de oración, de amor y de fraternidad. La Palabra de Dios será la lámpara que conducirá nuestros pasos y el fuego que calentará nuestro corazón. Sentimos que se nos dirige también a nosotros la bendición del apóstol Pablo a los Tesalonicenses: «que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos» (1 Tes 3, 12). Este Adviento es un tiempo nuevo de gracia, un tiempo para renovar nuestro corazón e ir con los brazos más abiertos hacia nuestros hermanos y sobre todo hacia los más pobres. Por este camino encontraremos al Señor que viene. Con insistencia decimos: «Ven, Señor Jesús».

ORACIÓN DEL DÍA DEL SEÑOR

Lunes 2 de diciembre

En la basílica de Santa María de Trastévere, se reza por los enfermos. Isaías 2, 1-5. El Señor reúne a todos los pueblos

A través del profeta Isaías, la Escritura quiere que dirijamos nuestros ojos hacia los tiempos nuevos que el Mesías viene a inaugurar. Isaías vive en un periodo de conflictos y el Señor lo empuja a hablar al pueblo para que no se pliegue a la lógica de la violencia y espere el futuro que el Señor está preparando. La profecía que se nos dirige en este primer día de Adviento prefigura lo que sucederá «en días futuros», cuando «el monte de la Casa del Señor será asentado en la cima de los montes... y confluirán a él todas las naciones». Ningún pueblo está excluido de este sueño: todos los pueblos serán atraídos por la fuerza de la sabiduría que viene de la Palabra del Señor. El profeta explica: «de Sion saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor». Esta «sabiduría» de Dios transforma el corazón de los hombres y los pueblos que la escuchan, y sobre la tierra se instaurará un tiempo de paz entre las naciones. En aquellos días los pueblos «forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas». Mientras damos nuestros primeros pasos de Adviento, el profeta nos describe ya la salvación futura, que empieza a realizarse con la venida de Jesús en medio de nosotros.

ORACIÓN POR LOS ENFERMOS

Martes 3 de diciembre

Recuerdo de san Francisco Javier († 1552), jesuita, misionero en India y Japón.

Isaías 11, 1-10. Reposará sobre él el espíritu del Señor

El oráculo del profeta está estrechamente vinculado a los capítulos 7 y 9, que anunciaban el nacimiento de un niño, descendiente de David, el Emmanuel, «Dios-con-nosotros». La situación de esclavitud había convertido al pueblo en un tronco seco: la esperanza de un futuro vigoroso se había apagado. Pero he aquí la profecía que supera la tristeza del presente: «Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará». Todavía es un pequeño retoño; no tiene grandeza según las medidas humanas, pero su linfa es ya fuerte porque es el Espíritu de Dios quien lo hace vivir. «Reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor». La declinación de los seis dones del Espíritu sugiere la fuerza extraordinaria de ese «retoño», fuerza que no se encierra en sí misma: se transmite a todos los que se injertan en él. También nosotros, injertados en ese vástago, podremos recibir los dones del Espíritu y convertirnos en hombres y mujeres espirituales: nuestros ojos iluminados por la luz del Espíritu escrutarán los «signos de los tiempos» y nos conducirán para conformar nuestros días a la justicia de Dios. Son elocuentes las imágenes del lobo que yace junto al cordero, del leopardo que se echa junto al cabrito, del novillo y el cachorro que pacerán juntos conducidos por un niño. Es el sueño de la convivencia pacífica entre los pueblos que el Espíritu nos hace entrever y con su fuerza nos ayudará a realizar.

ORACIÓN CON MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Miércoles 4 de diciembre

Recuerdo de san Juan Damasceno, Padre de la Iglesia y monje, vivió en Damasco en el siglo VIII. Repartió sus bienes a los pobres y entró en un monasterio, en la laura de San Saba, cerca de Jerusalén. Oración por los cristianos de Siria.

Isaías 25, 6-10a. El Señor prepara un convite para todos los pueblos

La salvación se representa con la imagen de un banquete para todos los pueblos preparado por el Señor en el monte Sion. Es la profecía

que se nos da en este tiempo de Adviento para pensar la salvación no de manera individual, como si se refiriese solo a nosotros mismos o a nuestro grupo, sino en un sentido universal. Ante la profecía de este banquete, chirría la triste y cruel exclusión de tantos, no solo de los «manjares frescos», sino también de las migajas que caen de la mesa de los ricos, como dirá Jesús en la parábola del pobre Lázaro. La globalización, que ha traído beneficios para muchos, todavía no ha puesto la mesa para que todos participen de ella. El Señor envía a su hijo para que esta profecía se realice: ninguno se salva solo y, sobre todo, no hay una salvación solo para algunos. El Señor mismo la prepara con sus propias manos, como dice el profeta: un banquete para todos los pueblos para que todos gusten la dulzura de la comunión con Dios y entre los hombres. También Jesús –consciente de esta tradición profética– volverá a proponer la visión del reino de los cielos como un convite (Lc 14, 15-24) al que Dios invita «a los pobres y lisiados, a ciegos y cojos». Y en el banquete del que Jesús habla son los ricos los que se ausentan, no porque estén excluidos, sino porque lo rechazan. Sin embargo, el banquete del reino no llega únicamente al final de los tiempos. El Señor está ya manos a la obra. En su banquete se consume el «velo» del dolor que cubre a los últimos de la tierra.

ORACIÓN CON LOS SANTOS

Jueves 5 de diciembre

La Iglesia bizantina venera hoy a san Saba († 532) «archimandrita de todos los eremitorios de Palestina».

Isaías 26, 1-6. Que entre una gente justa y fiel

El profeta que canta la ciudad construida por el Señor exhorta a sus habitantes a tener siempre las puertas abiertas. La ciudad es el lugar de la acogida y de la convivencia pacífica entre las diferentes realidades, lugar donde también los pobres deben encontrar un sitio digno para vivir. La ciudad es por definición plural y pacífica. La profecía sobre Jerusalén, que deja espacio a todos, también a los más débiles, se contraponen con la ciudad que no responde, o peor, que favorece las desigualdades. Escribe el profeta: el Señor «derroca a los habitantes de los altos, a la villa inaccesible; la hace caer, la abaja hasta la tierra». Una ciudad que deja que aumente la

distancia entre los ricos y los pobres es una ciudad a la que Dios mismo hará caer. La palabra del profeta es también una invitación a las ciudades de hoy para que dejen caer la costumbre demasiado normal de descartar a los débiles, de marginar a los pobres y de alejar a los extranjeros. De lo contrario, ellas mismas caerán al suelo y serán rebajadas. Pero el Señor, que protege a los pobres y a los oprimidos, les dará en herencia la tierra: «los humildes poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz» (Sal 37, 11).

ORACIÓN POR LA IGLESIA

Viernes 6 de diciembre

Recuerdo de san Nicolás († 343), cuyas reliquias se encuentran en Bari. Fue obispo en Mira, en Asia menor (la actual Turquía), y es venerado en todo Oriente. Recuerdo de todos los cristianos que viven en Oriente. Isaías 29, 17-24. Aquel día los ojos de los ciegos verán

Este pasaje cierra el capítulo dedicado a Jerusalén y a su castigo a causa de la ceguera espiritual de sus habitantes. Sin embargo, el profeta anuncia la gran obra de transformación de la humanidad que Dios mismo realizará. «Falta solo un poco» y el Señor interviendrá con una acción radical y eficaz: «El Líbano se convertirá en vergel, y el vergel se considerará una selva». Hay un estrecho lazo entre la transformación de la creación en un jardín—el profeta habla del Líbano y del Carmelo— y el comportamiento de los hombres. Es una evocación del lazo que existe entre la fidelidad del pueblo a la ley del Señor y su capacidad de vivir sobre la tierra sin alterarla, sin explotarla para intereses de parte. Es decisivo vigilar, escuchar con el corazón la Palabra de Dios y ponerla en práctica. Cuando el pueblo deja de ser sordo al Señor consigue abrir los ojos y vivir una vida serena y pacífica tanto en las relaciones humanas como con la creación. El profeta describe el pueblo de Dios como un pueblo humilde que se confía a la fuerza de su Señor y, estando junto a él, vuelve a esperar y a alegrarse porque siente la cercanía del Santo de Israel. Es significativo que el profeta vea una alianza nueva entre el pueblo de los creyentes y los pobres: ellos están unidos en el mundo de Dios, mientras el tirano y el arrogante son abatidos, y todos los que traman iniquidad e insidias son derrotados.

ORACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Sábado 7 de diciembre

Recuerdo de san Ambrosio († 397), obispo de Milán. Pastor de su pueblo, defensor de los pobres y de los débiles contra toda explotación, se mantuvo fuerte defendiendo la Iglesia ante la arrogancia del emperador. Isaías 30, 19-21.23-26. Ese es el camino, id por él

En la historia llegan tiempos difíciles, sobre todo cuando los hombres se alían para fomentar conflictos y guerras. Pero el profeta, que comparte las tribulaciones de la historia humana, sabe ver e indicar la consoladora presencia del Señor: «No llorarás ya más». El Señor, asegura el profeta, escucha la oración de quien se confía a él: «Cuando oiga tu clamor; en cuanto lo oyere, te responderá». La oración es la fuerza del pueblo creyente. Karl Barth, gran teólogo protestante, escribe que el Señor no actúa igual si rezamos o no: no solo escucha, sino que se vuelve vulnerable a nuestra oración. La oración es un diálogo con Dios. Él escucha a su pueblo cuando lo invoca, no deja que le falte su Palabra ni de indicarle el camino. Y si hay momentos de desorientación, interviene para indicar el camino a seguir. La oración en ese momento se convierte en escucha, como escribe el profeta: «Y con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: ‘Ese es el camino, id por él, ya sea a la derecha, ya a la izquierda’». La Palabra de Dios escuchada con fidelidad y obediencia desciende a las profundidades del corazón y lo habita. Y se convierte en una voz interior que brota de dentro del corazón, porque ha madurado en una historia de escucha, de reflexión, de meditación, de lectura de los signos de los tiempos. Ella nos permite ver con sabiduría y esperanza el futuro, liberándonos de la tentación de acabar atrapados en las lógicas mundanas.

ORACIÓN DE LA VIGILIA

Domingo 8 de diciembre: II de Adviento. Fiesta de la Inmaculada Concepción de María

Gn 3, 9-15.20; Sal 98(97); Ef 1, 3-6.11-12; Lc 1, 26-38

Adán y Eva prefieren escuchar la voz de la serpiente en vez de la de Dios. Este dramático relato desvela el misterio de ese pecado, llamado «original» porque está en el origen del mal, también del mal de este tiempo. Es el pecado de un orgullo prometeico: «Seréis como dioses». Sí, el mal sigue empujando a los hombres y mujeres

a autoexaltarse. Estallan entonces las divisiones, las injusticias, los odios, las guerras. El tentador sigue insinuándose en los pliegues más profundos de los corazones: se disuelven los lazos y se multiplican las divisiones. Pero he aquí María y su misterio que hoy contemplamos ya desde la concepción. Ella —que evoca a la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente que empujó a Eva al pecado— ha sido preservada de la culpa original, de ese orgullo prometeico que anula a los demás. Con María, la trágica cadena que lleva a la violencia y a la muerte queda interrumpida.

Concebida sin esta culpa original, María comienza una nueva página en la historia, la de una amistad con Dios más bella incluso que la de sus progenitores. Adán y Eva obtuvieron gracia de Dios, que les puso unas túnicas cuando salían del jardín para entrar en el frío de la historia. También María obtuvo gracia y acogería al Hijo de Dios en su seno y lo acompañaría hasta la cruz. Sí, el amor del Hijo ha protegido a la madre. Este misterio de protección del mal y que hoy la Iglesia nos presenta no es ajeno al misterio mismo de la Iglesia, de la comunidad de los creyentes. Es el misterio del amor de Dios por su Iglesia dispersa por el mundo. Hoy, en el misterio de María contemplamos el de la Iglesia, la comunidad de los creyentes. Aunque sus miembros sean pecadores, la Iglesia, como María, está llamada a escuchar la voz del ángel y a pronunciar su sí. Sentimos, pues, que las palabras del ángel se dirigen a nosotros: «No temas, María... no hay nada imposible para Dios».

ORACIÓN DEL DÍA DEL SEÑOR

Lunes 9 de diciembre

Isaías 35, 1-10. Buscar al Señor

El profeta recoge la invitación del Señor a ser valientes y no ceder a la resignación. El Señor no deja solo a su pueblo, no quiere que los acontecimientos del mundo lo extravíen, como tantas veces advertimos que ocurre en nuestro tiempo. La fuerza del mal que se manifiesta en la historia de los pueblos provoca a menudo esa pusilanimidad cuyos síntomas son «las manos débiles y las rodillas vacilantes». La Palabra del profeta invita a la esperanza: Dios actúa y conducirá a su pueblo a la salvación. Claro, no todo está en nuestras manos, pero podemos contribuir a mejorar el mundo